

EUDORIO GALINDO ANZE



# RELATOS DEL ANTIGUO SOLAR EN LA PLAZA DE LAS PALMERAS



Grupo Editorial



## RELATOS DEL ANTIGUO SOLAR EN LA PLAZA DE LAS PALMERAS

### ÍNDICE

<b>CAP. I</b>	Despertando a Camila .....	19
<b>CAP. II</b>	La exterminación de los latifundistas .....	25
<b>CAP. III</b>	Bajo el Gran Azul .....	39
<b>CAP. IV</b>	Boquerón .....	47
<b>CAP. V</b>	El uniforme apollado .....	57
<b>CAP. VI</b>	El Abuelo de Granito .....	67
<b>CAP. VII</b>	Cólico Miserere .....	73
<b>CAP. VIII</b>	Testimonio de un falangista. Drama, romance y tragedia .....	85
<b>CAP. IX</b>	El corcel de porcelana .....	93
<b>CAP. X</b>	La misión de Xan Wilde .....	99
<b>CAP. XI</b>	Las manos de Celina .....	113
<b>CAP. XII</b>	Al pie del majestuoso Sajama .....	121
<b>CAP. XIII</b>	Las obras del padre Fico y sus consecuencias .....	129
<b>CAP. XIV</b>	Asesinato detrás de la sacristía .....	137
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	.....	147

## CAPÍTULO I

### DESPERTANDO A CAMILA

Camila comenzó a despertar con el dulce murmullo de la voz de su padre quien casi suspirando murmuraba en sus oídos: *“Amorcito, despierta, es hora de levantarse. El tren ya va a partir. Despierta muñequita. Tienes que bañarte, vestirme, tomar desayuno, despedirte de todos...”*

Camila sentía las caricias de su padre y oía su voz en la distancia. Se aferraba a permanecer dormida. No quería salir de la antigua cama de bronce cubierta de ligero dosel, donde tantas veces se había refugiado para compartir con sus muñecas los secretos de una infancia feliz.

La niña intuía que ese amanecer iniciaba un cambio trascendental en su joven vida.

Un mes antes, su padre había decidido que Camila y sus dos hermanos menores, junto con su madre, debían irse de la tierra donde nacieron, dejando por tiempo incierto su ancestral hogar en la Plaza de las Palmeras.

Existía en el ambiente un aire de inquietud colectiva, puesto que inclusive para Camila estaba claro que se encontraban viviendo una época donde la violencia y el abuso sería la conducta de los nuevos poderosos. El padre de Camila, Alejandro Vargas del Río, atravesaba un estado de profunda angustia. Su corazón se encontraba agobiado por mil dudas e incertidumbres. Creía, en sus prolongados momentos de reflexión, no tener miedo a que ocurra algo con él mismo, pero la idea de que por defender lo suyo arremetan contra su familia, maltraten a Aurelia y a su angelical hijita Camila de nueve años, o les toquen un cabello, le producía una sorda indignación y una indescriptible ansiedad.

Sabía, sin lugar a dudas, que en el país estaban ocurriendo cosas terribles, pues el grupo político que se había apoderado del Gobierno en la revolución del año anterior estaba cometiendo todo tipo de arbitrariedades, especialmente en la implacable persecución de opositores, tomando presos a todos los que no se sometían a su poder.

Noches antes de llegar a una decisión final, su hermana Isolda le había comentado los sucesos de los movimientos en favor de los indígenas de la población de Cliza, pueblo pequeño aledaño a la ciudad, donde los Vargas del Río eran propietarios de una importante hacienda.

Alejandro, conservador por naturaleza, no creía en los beneficios que las nuevas medidas producirían para el país. Entre otras conclusiones de sus cavilaciones se hallaba profundamente convencido de que la economía agraria, en la que se sustentaba la región, quedaría paralizada. En su visión, los mismos “indios”, en cuyo nombre se estaban aplicando las reformas, tampoco mejorarían sus condiciones de vida, puesto que al entregárseles pequeños lotes de tierra, desaparecerían los beneficios de la economía de escala de las grandes haciendas, condenándolos a una condición de proletariado rural empobrecido.

Alejandro sostenía que para hacer las reformas, que eran necesarias a fin de modernizar al país, primero se debía cultivar la educación de los campesinos. Por esas razones, quienes le escuchaban lo consideraban un “contrarrevolucionario”. De ahí fue que, a raíz de todos los acontecimientos políticos del año anterior y los puntos de vista que él defendía apasionadamente, había sido reclutado por algunos altos dirigentes de Falange hasta el extremo de haberle convencido de que la única forma de evitar el desastre nacional que anticipaban, era mediante el derrocamiento del Gobierno revolucionario, que hacía más de un año se había impuesto por la fuerza.

Él nunca había sido político y naturalmente sentía temor ante esa nueva actividad, desconocida y peligrosa. Su angustia era aún

mayor cuando pensaba en su familia. Si los descubrían antes de estar preparados, o en caso de fracasar el intento de golpe que planeaban, se podía imaginar los sufrimientos que su familia tendría que soportar.

Pocos días después de la oportunidad en la que su hermana Isolda le actualizó de los acontecimientos que se habían destacado en Cliza, conversó con Hernán Barriga, un viejo amigo de su temprana juventud, que había llegado desde la sede de Gobierno. Fue producto de la confluencia de tanta información que tenía que decidió alejar a su familia de todo peligro. Su angustia le abrumaba. La idea de enviar a tierras lejanas a su esposa y separarse de Camila y sus pequeños, le recordaba las tragedias y sufrimientos que relataban algunos judíos, amigos suyos, que se avecindaron en la Ciudad del Valle luego de escapar de los horrores de la Europa nazi. Sin embargo, alejar a su familia de la zona de peligro era lo único sensato que podía hacer. Si iba a seguir luchando por defender su heredad, no podía exponer la seguridad de sus hijos. Tenía que alejarlos mientras dure el peligro.

Tomó todas las providencias. Recuperó y ocultó algunas joyas de la familia que su esposa debía llevarse, para que en caso de urgencia tuviera un respaldo rápidamente convertible en efectivo. Consiguió libras esterlinas y dólares en el mercado negro. Escribió una carta a un viejo amigo que radicaba en Lima y le anunció que su esposa y sus niños irían a esa ciudad para un tratamiento médico de incierta duración, rogándole que los ayudase, consiguiendo una casa adecuada en alquiler e inscribiendo a sus hijos en algún colegio de buena reputación, pues era posible que permanecieran allí el resto del año.

Esperó inquieto la contestación afirmativa de Lima.

Cuando todo estuvo preparado, anunció a su familia su decisión.

Esa fue la parte más difícil. Aurelia, su fiel esposa, no aceptaba siquiera considerar la idea. Sus hijos, especialmente Camila, le imploraron que los deje quedarse. Alejandro no tenía verdaderos argumentos para explicar su decisión a profundidad de sus compromisos con los conspiradores de Falange. Sin que nadie sepa

—ni tan siquiera Aurelia— dichos compromisos se convirtieron en su primera y más alta prioridad.

Él quería creer en el éxito de los planes que habían preparado los que dirigían la contrarrevolución. Por eso, pensaba que solamente se trataba de un alejamiento temporal por dos o tres semanas. Luego del anuncio que él hiciera con base en su limitado conocimiento de los planes de Guerra Total que el estado mayor de la raquílica fuerza de combate, fue inflexible ante los ruegos de su familia, hasta que logró imponerse.

Los preparativos para el viaje fueron sumamente angustiosos para todos. La reputación de su nombre le permitió lograr pasaportes y visas de salida, a pesar de humillaciones que tuvo que soportar para obtener la documentación adecuada. Sin embargo, Alejandro, con silenciosa indignación, soportó interminables esperas; pagó las extorsiones que le impusieron hasta el punto que tuvo todo lo necesario para reinstalarse con su familia en la sede de Gobierno si triunfaban o salir a un respetable exilio que no duraría mucho.

Finalmente llegó la mañana en que Alejandro despertó a su amada hijita Camila, para engréirla por última vez, aunque él aún no lo sabía.

Camila, con la fragancia de lirios que ponían en el almidón de sus sábanas, se prendió sollozando de su padre y con su tierna voz preñada de angustia, le dijo: “No me dejes ir papito. Quiero quedarme a tu lado. ¿Y si no te volviera a ver nunca más?”

Alejandro casi se desanimó.

Su propio corazón, ya debilitado por sus dudas y los peligros a los que estaba expuesto, titubeó; sin embargo en un gran esfuerzo de voluntad, se impuso sobre sí mismo. Firme, con gran dulzura, hizo levantar a la niña y se fue a preparar los últimos detalles del infortunado exilio.

Las despedidas en la casa fueron penosas para todos.

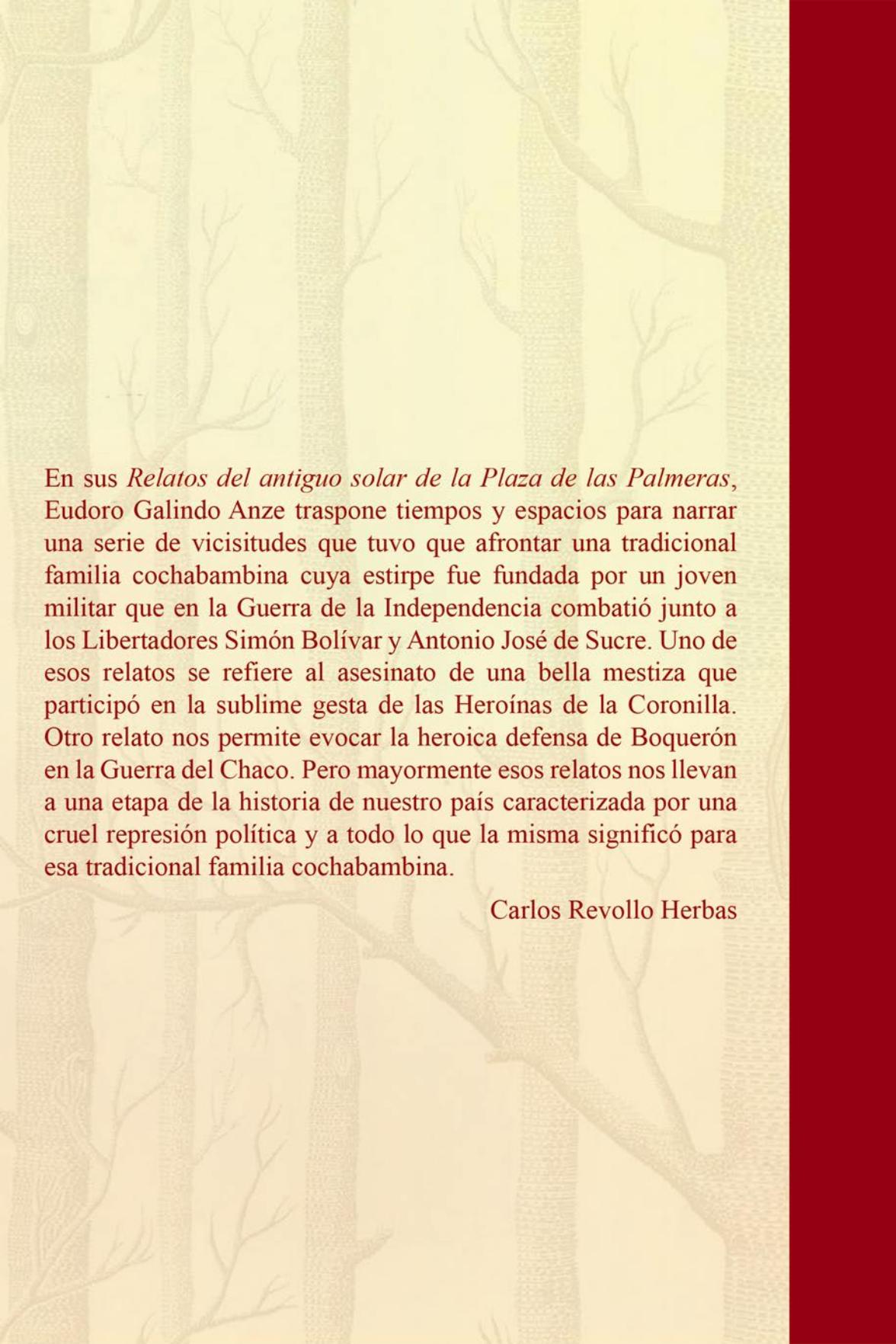
La servidumbre y toda la familia estaba de pie, y cuando empezaba a asomar el Sol sobre la cordillera oriental y sobre la colina de San Pedro todos los asistentes se trasladaron hasta la antigua estación de ferrocarriles en la plaza de San Sebastián. Allí, las despedidas fueron aún más difíciles.

Con toda su familia a bordo, Alejandro Vargas del Río, cuando sonaba el pito anunciando la salida del tren, vio entre las brumas de sus lágrimas a sus seres queridos irse para siempre.

Con ternura registró en su memoria la angustia que expresaba el rostro de su pequeña Camila detrás de la ventanilla del tren, que él acompañó mientras pudo.

Sus hermosos ojos color de miel estaban llenos de lágrimas que la dulce niña no se esforzaba en controlar. En una mano sujetaba firmemente un libro que Alejandro le había regalado como despedida. Sin darse cuenta, con el épico libro de Nataniel Aguirre, el angustiado padre hacía un esfuerzo para que su amada niña no olvide el abrigado valle en la tierra de alegre Sol y azules montañas.

Camila abrazaba protectoramente a su hermanito quien, confundido por la pena de los adioses y excitado por la aventura del viaje, no se sabía si lloraba de susto o de pena. La esposa de Alejandro ajustaba en su regazo a su hijo menor, y con la otra mano enjugaba su llanto, sin poder mirar al marido que no volvería a ver, pues fue en la estación de ferrocarriles de San Sebastián, donde y cuando lo perdieron para toda la eternidad.



En sus *Relatos del antiguo solar de la Plaza de las Palmeras*, Eudoro Galindo Anze traspone tiempos y espacios para narrar una serie de vicisitudes que tuvo que afrontar una tradicional familia cochabambina cuya estirpe fue fundada por un joven militar que en la Guerra de la Independencia combatió junto a los Libertadores Simón Bolívar y Antonio José de Sucre. Uno de esos relatos se refiere al asesinato de una bella mestiza que participó en la sublime gesta de las Heroínas de la Coronilla. Otro relato nos permite evocar la heroica defensa de Boquerón en la Guerra del Chaco. Pero mayormente esos relatos nos llevan a una etapa de la historia de nuestro país caracterizada por una cruel represión política y a todo lo que la misma significó para esa tradicional familia cochabambina.

Carlos Revollo Herbas